

CAPÍTULO XI

Sr. General D. Porfirio Díaz, presidente de la República mexicana.—El Ministerio en México.—Sr. José Ives Limantour, ministro de Hacienda.—Banco Nacional de México.—¡Viva México! ¡Vivan los mexicanos!

Los gigantescos progresos realizados en México durante los últimos años, son sin disputa el resultado de la admirable administración del señor general Díaz, presidente de la República, y de lo bien secundado que se halla por sus ministros.

El general Díaz ha tenido el raro talento de elegir hombres de conducta intachable y acrisolada honradez para formar su Ministerio, y de mantenerlos en sus puestos durante años y años, y seguramente no existe en el mundo un Gobierno cuyo Ministerio lleve tantos años de vida como el que actualmente existe en México, pues es el mismo

que se formó hace diez y seis años cuando Porfirio Díaz subió al poder, (1) sin haber sufrido más alteración que la producida por el fallecimiento de alguno de sus miembros y que necesariamente ha habido necesidad de reemplazar.

Con lo expuesto se comprenderá que en México no existen partidos políticos ni sus funestas ambiciones, origen de luchas que degeneran en revoluciones y son la ruina de los pueblos y su gran decadencia, como lo prueba lo que sucede con la mayoría de las Repúblicas de la América del Sur, donde debido á la poca estabilidad de sus Gobiernos se encuentran sin crédito alguno, pobres y arruinados.

En México solo existe un partido, que puede llamarse *el Porfirista*, y no existe hombre en la República que ni soñando piense en disputar la presidencia al general Díaz. La rectitud de éste, su sin igual energía y las grandes condiciones que reúne para el

(1) Al escribir estas líneas acaba de ser reelegido por quinta vez.

elevado puesto que ocupa, le han hecho un hombre indispensable é irremplazable, siendo la grande preocupación de los mexicanos la idea de que este gobernante sin igual pueda llegar á faltar.

¿Quién le sucederá y qué hombre en la República reúne sus capacidades?

En el ánimo de todos está que mientras viva seguirá siendo presidente y con él continuará la gran República mexicana por la senda del progreso y civilización que supo trazarla. El día que desaparezca el general Díaz será uno de gran duelo para el noble pueblo mexicano y se presentará un dilema de difícil solución y un conflicto de los más grandes que ha tenido en su historia.

Entre las innumerables cualidades que reúne el general Díaz, una de las más salientes es su excesiva modestia. Su residencia en la calle de Cadena en nada se diferencia de la de cualquier particular. Nada en su morada dá á conocer que en ella se alberga el primer magistrado de la nación, y ni un solo guardia municipal se vé en la puerta.

Sus carruajes, si en algo se distinguen, es por lo modestos, llegando esto á tal extremo que sus cocheros, en vez de usar el aristocrático sombrero de copa alta con galón de oro y escarapela tricolor, usan el tan grande como democrático sombrero mexicano. Excepción hecha de los actos oficiales, al presidente jamás le acompaña ayudante alguno, y en aquellos actos que necesariamente ha de vestirse de uniforme lo hace de manera sobria, siendo poco aficionado á cubrirse el pecho con las placas y grandes cruces con que le han obsequiado todos los soberanos del mundo, prefiriendo mucho ponerse aquellas más modestas, pero que ganó en los campos de batalla. Si modesto es el señor presidente en su modo de ser, no menos sobrio es en sus costumbres, pues ni fuma ni bebe, cosa verdaderamente extraordinaria en un mexicano. Es hombre sumamente madrugador, empezando á despachar los asuntos de Estado á las siete de la mañana; de noche muy rara vez sale y su distracción favorita es el juego de billar. Es tan correc-

to y cumplido caballero, que jamás permite que quede sin contestación carta que se le dirige, aun cuando sea de la persona más humilde.

Al primer golpe de vista su presencia impone y aparece algo frío, pero es debido á sus facciones algo duras; sin embargo, cuadrar perfectamente en un militar.

La esposa del Sr. Presidente, D.^a Carmen Romero Rubio, es una de las mujeres más bellas de México y seguramente la más elegante.

Los ministros que más papel juegan y que, por decirlo así, son la mano derecha del presidente, son el de Relaciones exteriores, de quien me he ocupado en el curso de estas páginas, y el de Hacienda, D. José Ives Limantour. Este señor es otra de las grandes figuras de México, á quien la nación debe gratitud inmensa, pudiendo seguramente considerársele como uno de los mejores hacendistas de este siglo, como lo ha mostrado colocando la Hacienda en el floreciente estado en que se halla y logrando en muchas ocasiones realizar verdaderos mi-

lagros, como el de que jamás han dejado de pagarse con religiosa exactitud los intereses de la Deuda, debiendo tenerse en cuenta que cuando se emitió, el cambio sobre París era de 5 por 100 de beneficio sobre la moneda mexicana. Llegó la depreciación de la plata, que se acentuó de manera extraordinaria cuando en los Estados Unidos se votó el *Bill Sherman*, y hará unos dos ó tres años se puso el cambio sobre París al 117 por 100. Para otra nación cualquiera esta enorme subida hubiera significado una inmediata suspensión del pago de los intereses de la Deuda y la bancarrota consiguiente: pero nada de esto sucedió en México, que pagó y continúa pagando su Deuda (1) en oro, y eso que en los momentos que escribo los cambios fluctúan alrededor del 112 por 100.

La obra financiera del Sr. José Ives Limantour es tan perfecta, que á pesar de la crisis tan terrible que la depreciación de la plata trajo sobre el país, logró siempre cerrar los ejercicios económicos con un rema-

(1) Exterior.

nente muy importante, lo que demuestra la perfección de sus presupuestos.

El Gobierno de México ha sabido copiar mucho de lo bueno de otros países, eliminar mucho de lo malo y prescindir de aquellos inmensos gastos de guerra que, si bien son imprescindibles para las grandes potencias, no tienen razón de ser en la mayoría de las naciones de segundo y tercer orden, que solo lo hacen por un alarde de amor propio mal entendido. México cuenta con un pequeño pero bien disciplinado ejército, con lo que tiene lo suficiente para defender la integridad de su territorio, que nadie ha de pensar en invadir, y no teniendo colonias carece por completo de escuadra, contentándose con fortificar sus fronteras y sus puertos.

Esas sumas fantásticas que, como dejo dicho, muchas naciones expenden en sus ejércitos y armadas, unas por necesidad y otras por orgullo, México las dedica al engrandecimiento del país, efectuando obras públicas de la mayor importancia, cuales son, por ejemplo, el desagüe del valle de México y

construcción del puerto de Veracruz. Estas dos obras, por sí solas, han costado y cuestan á México muchísimos millones de pesos. Ninguna de las grandes obras que actualmente se llevan á cabo en México podrían realizarse de tener un fuerte presupuesto de guerra que de nada había de servirle, pues repito que del exterior nada tiene que temer y mucho menos del interior, pues el pueblo mexicano solo desea paz, convencido como está de ser este el elemento indispensable para la dicha y prosperidad de la nación.

Creo haber dicho, y no temo equivocarme, que México por sí sola ha producido más plata que todas las naciones del mundo juntas. Esta misma plétora del rico metal ha sido una de las lógicas razones de su depreciación y gran subida de los cambios, pero examinado el asunto con atención y puesto en la balanza el bien y el mal de la depreciación de la plata, no cabe duda, aun cuando á primera vista aparezca como una aberración, que ha redundado en gran provecho de México, pues con ello se ha logrado dar

grande impulso á la industria nacional y reducir de manera notable las importaciones del extranjero, consiguiendo que grandes capitales de éste hayan venido á México, beneficiando el cambio y en busca de los grandes y seguros negocios que se encuentran en la República, no solo en el comercio, sino en la agricultura, que tan grandes resultados produce, y en la industria por lo económica que resulta la mano de obra.

Un detalle muy elocuente del estado floreciente de México es el de que su primer establecimiento de crédito, ó sea el Banco Nacional, puede vanagloriarse de lo que quizás ningún Banco pueda hacer, esto es: cubrir cinco ó seis veces en metálico la emisión de sus billetes, llegando á tal punto su crédito, que estos últimos hacen prima sobre los pesos fuertes, y sus múltiples y bien dirigidas operaciones le permiten repartir á sus accionistas un dividendo anual de 14 por 100!

Para terminar, diré que México todo lo reune.

Su suelo es incomparable. Como clima hay

para todos los gustos; su Gobierno es perfecto, y el corolario de lo que llevo escrito es que la República mexicana es un Paraiso. Muchas veces he ido á México y cada vez me ha gustado más y con cada viaje ha aumentado el cariño que le profeso.

He llegado á esa edad en que debe haberse resuelto lo que vulgarmente se llama «problema de la vida», ó debe renunciarse á resolverle. Yo, al menos, creyéndolo así, le doy por resuelto y considero que, pasado el Rubicón, no existe ya para mí el *struggle for life*. México ha contribuido mucho á que considere satisfechas mis aspiraciones de hombre que busca el *dolce farniente* en el amoroso seno de la familia, donde todo es dulce verdad, y en el sosiego de una posición desahogada, donde el descanso compensa de pasadas fatigas; pero á fuer de leal y nunca ingrato quiero que conste mi vehemente deseo de tornar á aquella hospitalaria y bendita tierra, y mi propósito de cumplirle, para volver á estrechar las cariñosas manos de tantos amigos, los más queridos, los

mejores que de seguro tengo, y para de nuevo bendecirla y rendirla un tributo de eterna gratitud en un grito salido del fondo del alma y que diga ¡viva México! ¡vivan los mexicanos!





F
P